

MARIA VIOLIN (originales)

LA VACA DE PALO

Por Daniel Moyano

Madrid, 1978

Acaso comienza citas recorte  
diarios solo de hojas en Brasil.

Para mandar a un premio  
de novela breve, el del bar.

### Hechos concretos de La vaca de palo

La pareja Gracimiano/a vive en un pueblo ~~y~~ inhóspito del llano sudamericano en un rancho de lona y ramas entretrejidas (quincha). La tierra fue próspera un siglo atrás, pero los campos fueron talados para alimentar a los trenes y se murieron las vacas porque dejó de llover. Al no haber árboles, la lluvia dejó de caer. Los hijos mueren por haber agua de la represa, o porque al no haber leche en el mundo deciden marcharse. Gracimiana se refugia en una alucinación casi permanente. El la acompaña desdoblado su razón. El no sabe bien qué es, todo le parece absurdo. Vive como quien cumple un rito. Ignora su origen (ignora que es un indio, un sobreviviente). Se sabe que están quitando tierras (nunca se dice quién, nunca se ve al enemigo). Gracimiano teme que se las quiten a él, pero se refugia en una esperanza, en la suerte. Dios se apiada y les envía una vaca de palo. Esta vaca parece abrir el camino en el aire para que lleguen ellos. Gracimiano consulta con su compadre, juega a las cartas, habla con él, le hace trampitas. Detienen a Gracimiano, que cambia completamente, oculta lo que le han hecho y acepta el aprendizaje para ser apto. Luego llegan los hombres como iguanas y comienza la ejecución de Gracimiano con el aprendizaje para ser apto. Al caer de la torre, previo diálogo con el compadre, rompe la vaca de sus esperanzas.

Desde lo alto de la torre, al enterarse por el compadre de que es un indio, Go. le grita a Ga.: ¿Usted sabía que yo era un indio? Ella dice que sí. Go. acepta su condición porque ella la ha aceptado siempre, pero se siente avergonzado de ser esa cosa última que significa ser todavía un indio. Volar puede ser reivindicarlo. Si él vuela, volarán todos, porque ahora lo sabe, todos los del obraje, o casi todos, son indios aunque no lo parezcan, aunque la civilización les haya dado un tinte distinto con otra lengua y ~~de~~ ropas europeas.

Morosidad en el aprendizaje. De una caja sacan las primeras alas, transparentes como las de una abeja. Luciérnaga. Chicharra. Langosta. Cucharacha. Pajaro. Alas de hombre. Caída. No hay ejército ni policía: todos son de la compañía, que tiene fuerza de ejército y de policía y de gobierno. Es la única ley, la compañía.

ESCRIBIR DESARROLLANDO BIEN CADA COSA, SIN PRISAS POR DECIRLO TODO.

Al final Gracimiano sale por el hueco que hizo la vaca.

La situación puede aclararse en el diálogo de los insosegables.

Primeero se llevaron los árboles, ahora quieren la tierra.

Hechos concretos de la novela, o sea trama de hechos

Capítulos más probables de La vaca de palo

## Orden de los capítulos

- ✓ 1 - Descenso de la vaca
- 2 - Ordeño y llegada de ellos )
- 3 - Se lo llevan, trayecto. )
- 4 - Interrogatorio en la Compañía de Tierras (entidad total) con presencia de tecnócratas.
- 5 - Regreso, ocultando en unos trapos lo sucedido
- 6 - Diálogo con la mujer, que ha recuperado momentáneamente la razón, y partida de Gracimiano en busca de ayuda en otra comunidad.
- 7 - Viaje observado por los tigres y seguido por Ojitos 2, y encuentro con el campo alambrado y guardianes con fusiles.
- 8 - Regreso y encuentro con ellos, comienzo del aprendizaje.
- 9 - Aprendizajes de vuelo con estudios y coeficientes.
- 10 - Caída de la torre más alta, por el hueco que dejó la vaca.

## Compañía de Tierras

Justicia - Policía.  
Técnicos - Diversos -  
Profesores - Clero -  
Gobierno - Fuerzas armadas -  
Agencia de viajes - Protí-  
bulos - Deportes - Carreles -  
Templos - Paisajes -  
Escuelas, etc.

## Capítulo 1

### El hueco que, al caer, hizo la vaca en el cielo

A los hijos de Gracimiano les tocó nacer en las ruinas de un pueblo del llano sudamericano donde no había leche. Aunque no conocían ni siquiera la de su madre, la Gracimiana, tenían la memoria de la leche en las papilas de la lengua y en lo blanco de los ojos. Los pezones de la Gracimiana, por una desdicha, eran demasiado pequeños. La leche materna estaba, pero los niños no podían chupar ~~por~~ la pequeñez de los pezones. Y la leche, cansada, se iba.

Los niños ~~XXXXXXXX~~ abandonaban los pechos maternos y buscaban con los ojos algo que coincidiera en esos llanos con la memoria que traían. Lo que veían sus ojos eran pedregales y horizontes, un sol inmenso que rodaba en la sequedad, y acaso nada más. Y es sabido que ni los pedregales ni los horizontes se vinculan con la leche. Entonces los niños empezaban a quedarse quietos, sin comprender.

El compadre de Gracimiano, en cambio, había tenido suerte: las preñeces de su mujer, que tampoco tenía leche, habían coincidido siempre con las preñeces de la burra. El compadre pudo abandonar el pueblo con todos sus hijos vivos.

Gracimiano, que ya no deseaba su vida porque no sabía qué era, pensaba que los niños ~~XXXXX~~ vienen a este mundo gracias a la atracción de la leche. Líquida, tibia, dulce, los atraía hacia <sup>la tierra.</sup> ~~XXXXXXXX~~ Y ellos bajaban. Pero la única cosa líquida que había por allí era el agua que las lluvias ocasionales dejaban durante el verano amontonada en una <sup>hondonada.</sup> ~~XXXXXXXX~~ Aguas mansas y fétidas, aguas de leones y caballos y de insectos invisibles. Los niños bebían esa agua, y con ella una ignorada biología. Y como no sabía a leche, se iban. A esto se lo había dicho muchas veces su compadre, que era un hombre sabio. Por culpa de esas aguas Gracimiano no tenía hijos vivos.

¿De dónde traían los niños la memoria de la leche? Esta pregunta preocupaba a Gracimiano. Sin esa memoria no la hubieran necesitado

y estarían vivos. Hubieran empezado a vivir picoteando la tierra, como los avestruces.

La memoria de la leche venía de los bosques. De bosques que también estaban en la memoria. Antes de que llegaran los trenes había lluvias porque había bosques. Y habiendo lluvias había leche. Cuando talaron los bosques para alimentar a los trenes desaparecieron las lluvias. ¿Para qué llover si no hay árboles? Y las lluvias, al irse, se llevaron la leche. Un día también desaparecieron las vías, y con ellas los trenes. Pero los bosques no regresaron. Quedaron los horizontes y los ~~los~~ pedregales.

La mayor parte de la gente del pueblo se fue con los trenes y las vías. Sólo quedaron Gracimiano con su mujer ~~y~~, el compadre con ~~su~~ familia, el cura ~~xxxxxxxxxxxx~~ con sus gatos. Los domingos Gracimiano jugaba a la baraja con el compadre, que era sabio y profético: salgamos de aquí, compadre, ya nos quitaron los bosques, pronto vendrán por las tierras. El cura, cansado, se fue. Las sabandijas invadieron el templo. Los gatos gritaban toda la noche dentro de la iglesia, hasta que cayeron los techos y desaparecieron también casi todos los gatos.

Vengasé conmigo, compadre, yo sé lo que le digo. Fue lo último que dijo el compadre. Sus palabras todavía se oían cuando ya el compadre y su familia, en una carreta, eran un punto en el horizonte.

Cuando Gracimiano quedó solo, Dios se apiadó de él y de su mujer, y también de los hijos, y resolvió regalarles una vaca. Una vacuita para que los niños pudieran tener leche, sin darse cuenta el buen Dios de que los hijos de Gracimiano ya se habían marchado del mundo. Les dio la vaca porque tenía la memoria del bien, como los hijos de Gracimiano tenían la memoria de la leche. Pero esa memoria ya no valía nada: correspondía a hechos muy lejanos en el tiempo. Dios

no sabía nada de la muerte de los niños por un error de fechas. Esas muertes y todas las muertes pertenecían a su rutina cotidiana. Vida y muerte se confundían en una sola cosa que se movía en el tiempo, que tampoco existía para él.

La vaca que les mandó Dios cayó desde lo alto. Gracimiano era supersticioso y pensaba que por el hueco que hizo la vaca al caer desde el cielo pasarían ahora todas las desgracias. No sabía bien qué era él, Gracimiano, por qué estaba allí, o para qué, por eso pensaba así. En el mundo, que quizá acabara en el horizonte visible, sólo había dos cosas. Por un lado, las desgracias. Por el otro, la suerte. Su compadre, que abandonó el pueblo antes de que empezaran a quitarles las tierras, vivía del lado de la suerte, donde estaba también la leche de burra. El, que se había quedado, habitaba la parte de las desgracias. Véngase conmigo, compadre, yo sé lo que le digo.

Había otro error en la vaca del Señor: era de palo, de ramas secas a punto de arder ante el sol, que rodaban en el suelo empujadas por el viento. Pero era la única forma de enviarles una vaca desde tan lejos. Como Dios no puede hablar (porque nunca habló) ni enviar cosas a nadie (porque está incomunicado), puso en sus mentes la idea de una vaca. Una ilusión, una esperanza, esas cosas. Les regaló esa vaca convencido de que les hacía un gran bien y de que evitaba una tremenda injusticia. Convencido de que una vaca de palo también podía dar leche, como las vacas de verdad.

Esto parece un error, pero según Gracimiano hay que tener en cuenta que Dios está viejo (de tanto usar el tiempo) y a veces se olvida o se equivoca, como cualquier viejo. Cuando Dios era joven, las cosas eran distintas. Ahora ha envejecido y hay que tratar de comprenderlo nuevamente. Confunde sus recuerdos con su imaginación. Las cosas han ido envejeciendo con él, con sus ojos, y él las ve como las vio siempre, y cree que todo está bien. El mundo se le



va de las manos. Se le pierde. Por eso hay tanto horror y tanta desgracia. La culpa no es suya. Es del tiempo. A pesar de todo, la Gran Calamidad todavía no ha llegado. Llegará cuando muera Dios. Ni Dios, por ser demasiado viejo, ni Gracimiano, por ser demasiado desvalido, se daban cuenta de que una vaca, entre tanta pobreza y abandono, era un lujo. Y de que que habiendo vaca habría quien quisiera apropiarse de ella y de la tierra que ocupaba.

Por todas esas razones les regaló la vaca. Era de buen palo, lleno de agujeritos que fueron vida alguna vez. Para el Viejo quizás por esos agujeros todavía circulaba la vida. También para Gracimiana, tocada por la ilusión. Pese a todo eso, la vaca era de un palo seco que además de no poder dar leche había llegado demasiado tarde. Esto era lo que veía Gracimiano. Pero pensaba: ¿quién puede alimentar hijos muertos? Ni una vaca viva, ni un país, ni un rey, ni una madre. Nadie. Únicamente una vaca de palo puede alimentar la vida que no existe.

O sea que el ~~muerto~~ Viejo, a pesar de sus olvidos seniles, no estaba tan equivocado finalmente. Una vaca de palo era algo casi perfecto para alimentar huesos infantiles. Los huesos están tan muertos como la madera. En la confluencia de sus durezas, la dureza de los pedregales donde vivía Gracimiano, pensaba Dios, podía volverse leche.

El Viejo se valió de ciertas astucias para que aceptaran la vaca. En los amaneceres con viento, las ramas y los tarros vacíos corrían por el llano y la Gracimiana confundía los ruidos, creía que eran sus hijos que corrían alrededor de la casa. "Gracimiano, son los niños. Están allí". Gracimiano ~~oía~~ oía atentamente, ponía todas sus fuerzas en el deseo de que fuera cierto antes de responder "son tarros vacíos, ramas que lleva el viento". El Viejo sabía que sería difícil confundir a Gracimiano, que sólo creía en las verdades geológicas o en las evidencias naturales de las estaciones, y alucinó los ojos de la mujer. Una mañana, ella, de pie ante la pared de arpillera casi transparente de la habitación, con el cabello suelto ~~hacia~~ como para

ver más, vio a tres de sus hijos corriendo por el cebollar. El hombre, ante los gritos de la mujer, tuvo que levantarse y mirar a través de la pared que temblaba en el viento. Vio tres iguanas que pasaban en busca de agua, pero no quiso desilusionar a la mujer y admitió que eran los niños. "Necesitamos una vaca", dijo Gracimiana. El hombre pensó en los pezones ciegos de su mujer. Allí había nacido la desgracia.

Una vaca costaba un dinero que Gracimiano nunca había visto. Entre él y una vaca había una distancia que ~~distancia~~ podía durar una vida. ¿Cómo darle una vaca a la Gracimiana? El no era digno de una vaca y tampoco era digno de Gracimiana. Con pezones aptos para la boca de un niño, ella hubiera elegido otro hombre. Lo eligió a él por esa precariedad. Ni él podía tener una vaca ni ella amamantar a los hijos. Eran dos desgracias juntas. "Gracimiano, necesitamos una vaca".

A los pezones que le faltaban, la Gracimiana los tenía desparrramados por todo su cuerpo. Un lujo para él, que no sabía quién era, para qué estaba. El cuerpo de la Gracimiana era la gran distracción, el gran vicio mientras no se sabía nada. Algo que lo conectaba con el mundo, con un mundo que lo excluía. Con ella trataba de poseer el mundo y hacía saltar los hijos de su cuerpo. Pero ni en ella ni en el mundo había leche, y los hijos, dentro del mismo salto, caían en la muerte. Cuando murió el último, Gracimiano no se animó a tocarla más. Gracimiano, necesitamos una vaca.

Una noche, cansada de esperar el viento que pudiera devolverle los hijos otra vez, Gracimiana oyó casi entre sueños a un viejo achicharrado, gesticulante, nervioso, que hablaba apoyado sobre dos o tres bastones para no caerse. Vestía una chaqueta demasiado grande para su cuerpo empequeñecido por el tiempo. Las arrugas de la cara parecían tajos escrupulosos, y el pelo de las cejas se

mezclaba con el de las ~~patillas~~ patillas y la barba, todo transparente de tan blanco. Los ojos, en cambio, eran tan vivos como los de un lagarto, pequeños e incisivos. Era una amanecer de invierno, la casa misma parecía temblar de frío aunque no hubiese viento, pero el viejo no percibía esas inclemencias. La voz del viejo era como la de todos los viejos, algo que ~~se oye~~ se oye por misericordia.

-Oiga, niñita, aquí le traigo esta vaca.

Decir esto fue un gran esfuerzo para el viejo, que nunca usa las palabras. Creía que con eso estaba todo concluido, pero las palabras de la Gracimiana le revelaron enseguida lo difícil de la comunicación.

-Y quién es usted para regalarme una vaca y por qué me la regala. Nadie regala una vaca.

-Se la regalo porque nunca me ha gustado la leche -dijo el viejo alegremente, sintiendo que había encontrado una respuesta congruente para una pregunta tan difícil.

-¿No me engaña, viejo? Nadie regalaría una vaca.

-La he tenido por puro gusto.

-Pero podría haber vendido la leche, ¿no? O la vaca.

El viejo callaba, buscando palabras que se le iban.

¡Usted me engaña, viejo - dijo Gracimiana.

El viejo hacía moriscuetas buscando una respuesta que no encontraba. Movía tanto los músculos de su cara tratando de decir lo que no sabía, que las arrugas se confundían con las gesticulaciones y no se sabía cuándo eran respuestas o cuándo eran vejez. Bisbiseaba y algunas palabras, con la saliva, se le caían de la boca.

-Cómo he de engañarla, hijita.

-Me dice que nunca le gustó la leche. ¿Por qué entonces siempre ha tenido una vaca?

-Es que yo estoy muy viejo y me olvido de muchas cosas. Ahora me he olvidado de ordeñar. No tengo la menor idea de cómo se ordeña

una vaca. Usted en cambio podrá alimentarse a sus hijos. Por eso se la regalo.

Gracimiana desvió los ojos y vio <sup>pasar</sup> ~~el~~ menor de sus hijos jugando con un perro.

-Si es así la acepto. Pero qué le vamos a dar de comer. Aquí no llueve y no crece el pasto.

Entre risas y escupitajos el viejo se alegró diciendo:

-Lo más importante de esta vaca es que no necesita ni agua ni pasto.

El viejo decía estas cosas entre el sueño y la realidad, desaparecía de pronto como si fuese sólo un sueño para provocar la curiosidad ~~del~~ o el deseo de la mujer, y cuando ella lo consideraba una cosa perdida, un ~~sueño~~ sueño, aparecía otra vez con la promesa de sus morisquetas.

Gracimiana estaba segura de que la vaca se le aparecería allí al ~~xxx~~ día siguiente y tenía miedo, mezclado a ~~la~~ alegría. Deseaba esa vaca, y el viejo se había ido para siempre.

-Viejo, vuelva. Yo no necesito esa vaca.

El viejo volvió, todo amarillo, y la miró apoyado en sus bastones. Su mirada era su pregunta.

-Me olvidé de decirle que no necesito esa vaca porque ya no tengo hijos. Y ahora váyase.

El viejo habló con seguridad, sin ~~xxx~~ perder palabras ni una gota de saliva:

-Es que con esta vaca ya no hay ninguna razón para que estén muertos. Con la vaca tendrán leche, y podrán vivir hasta ser tan viejos como yo.

El viejo salió de la habitación como pudo, apoyándose en sus dos o tres bastones, arrastrando los pies. Desde atrás, quizás por la chaqueta demasiado grande, parecía todo de trapo. Debajo del tala volvió la cabeza y dijo todavía algunas cosas entre sus gesticulaciones, que Gracimiana no pudo entender.

La mujer tocó los ojos de Gracimiano.

-He oído todo. No le crea nada a ese viejo carachento. Y si es verdad lo de la vaca, ha de ser una vaca endemoniada.

Gracimiana sentía que el cuerpo le tiritaba en una pura ilusión. Acaso pudieran tener hijos otra vez si había leche. Desde que murió el último, Gracimiano no volvió a tocarla porque todo eso andaba demasiado mezclado con la muerte. Se tocó los pechos como si ella misma estuviera dando leche. Abrió muy grandes los ojos para ver amanecer.

¿Por dónde vendría la vaca? ¿Desde dónde? Quizás ya estaba allí cuando el viejo se la ofreció, mirando el suelo seco con ojos mansos de madre verdadera. O quizás venía viniendo por un camino que ella misma se hacía en el desierto. Si tenía que llegar al amanecer, ya estaba cerca, ya había pasado el obraje y cruzado el río seco, ya andaba por los matorrales del norte esquivando las barrancas, ya cruzaba el jarillar, ya llegaba al paso por el callejón de la iglesia. Y si estaba por allí, las pezuñas ya harían ruido contra las piedras, maravilla de vaca.

Pero no había ningún ruido, sólo ese soplo largo de la noche en el llano, que no era del viento, un soplo sin viento que venía de todas partes, acaso de las grandes nubes negras que solamente de noche pasaban por el llano llevando tormentas hacia otras partes del mundo, llevando agua y leche hacia las ciudades ricas y lejanas.

Vendría con orejas atentas y ojos buscapastos, espantando culebras con las patas. Vendría atrayendo lluvias con sus ubres bamboleantes, y al llegar al tala se quedaría quietecita, los ojos enteramente blancos anunciando la vuelta de los hijos. Entonces Gracimiano, al ver la vaca, volvería a sonreír y nunca más le diría que no volvería a tocarla porque no quería tratos con la muerte.

Los pichones de avestruz piaban pidiendo comida. Los avestruces adultos movían apenas sus patas en los nidos, temerosos, y oteaban para saber ~~adónde~~ hacia dónde caminar en busca del alimento de ese nuevo día. Otras formas más pequeñas de vida se movían en los pajonales, procuraban silenciar sus pasos para no ser advertidas por los avestruces y perder la vida, mientras los grandes cuadrúpedos sobrevivientes del hambre aguardaban la salida de los avestruces en el día naciente.

Ese ruido de los acechos significaba amanecer para Gracimiana, aunque todavía no hubiese luz. De pie ~~cerca~~ junto a la pared casi transparente de su casa de trapo mecida por el airecito del alba, ~~procuraba mantenerse invisible~~ tenía los ojos muy fijos en los últimos momentos de la sombra. Algo se movió al lado del horno, y corrió hacia el tronco del tala, donde se escondió. Era uno de sus hijos, ya sin nombre pero identificable. Un niño completamente amarillo. Enseguida apareció otro, irrecordable pero presente, y trepó al árbol para esconderse entre las hojas, que parecían azules al lado de su cuerpo amarillo. El tercero, del mismo color, estaba también detrás del tronco del árbol, sin poder ocultarse totalmente. Una mano, media cara, un poco de cabello, acaso una rodilla, se movían al lado de la corteza del tala.

La claridad llegó primero al horno, que parecía pintado. Gracimiana vio entonces que la claridad era amarilla. Cuando llegó al tala, los hijos, como también eran amarillos, desaparecieron. Invisibles por tener el mismo color de la luz, se podía oír sin embargo el ruido de sus risas y sus voces. Corrían, subían al árbol, pisoteaban el cebollar. Tal como aseguraba el viejo, los niños habían venido con la vaca. La vaca estaba posada debajo del tala. Su forma huesosa contra el sol naciente se deformaba apenas por el vaiván de la pared de la choza en el vientecito ~~del~~ ~~del~~ de la mañana.

Intacta, recién nacida, grotesca en su nacimiento pero vaca total en su aspecto de vaca caída de las nubes, se veía claramente que había estado descendiendo durante toda la noche, una noche de miles de años, para poder llegar allí. Había atravesado espacios de soles y espacios de tormentas, se había mojado y endurecido y mojado nuevamente, como un gran árbol ~~inclinado~~ hinchado, con trazas de preñeces y de distancias recorridas, y últimamente había sido humedecida por las nubes negras que de noche llevan tormentas encima de los llanos. Los niños habían callado, mirando <sup>el rocío</sup> en el lomo de la vaca, ~~del rocío~~ ~~del amanecer.~~

-Gracimiano, el viejo tenía razón, allí está la vaca.

Gracimiano miró y no pudo ver nada que fuese una vaca. Lo único que había en el patio era una rama húmeda traída por el viento nocturno, que el sol no tardaría en calcinar otra vez, perforada por las hormigas.

-¿La ves?

-La veo -decía Gracimiano mirando asombrado los ojos amarillos de su mujer.

Gracimiano en realidad miraba los horizontes buscando apariciones temidas. La llegada de la vaca era un anuncio. Gracimiana había salido al patio y acariciaba el tronco de la rama. Los huecos que habían hecho las hormigas estaban llenos de la humedad nocturna. Un instante Gracimiano pensó que estaban llenos de leche. Tenía miedo. El descenso de la vaca había abierto el camino para que llegase cualquier cosa. ~~Gracimiano~~ La mujer miraba hacia arriba, como si mirase el hueco que había dejado la vaca al caer. <sup>por ese hueco.</sup>

-Ha viajado toda la noche -decía.

Gracimiano pensó en el hueco como si lo mirase desde arriba y ~~sentir~~ sintió vértigos. En el hueco amarillo y profundo veía una forma de la desgracia.

## Capítulo 2

Por qué no ladró el Ojitos

-Gracimiano, ahí está la vaca, hay que ordeñar.

La vaca aparecía en el campo visual de Gracimiana solamente cuando la traía el viento nocturno. Su cuerpo era un tronco corvo, de buen tamaño pero liviano por los huecos de las hormigas, del que salían ~~una salían xñasmpatansmp~~ tres o cuatro ramas más débiles; las patas que favorecían su transporte con el viento.

Gracimiano salió al patio, que en realidad no era tal sino el llano, el mundo. Nada separaba a su casa del horizonte, salvo la casa del compadre, casi tapada por los médanos. Todavía era de noche. La vaca estaba allí, huesosa en la oscuridad, otra vez, traída por el viento. Normalmente Gracimiano fingía ordeñar, y la mujer se tranquilizaba. Un poco más allá de la vaca había unos puntos verticales, como estacas. Eran seis o siete, quizás menos, pero parecían rodear toda la choza.

-¿Gracimiano Aballay? ¿Sí?

-Sí.

La voz permitió a Gracimiano definir las formas. Eran ellos. Habían llegado sin ruido, pero ¿por qué no ladró el Ojitos? El hombre fue al encuentro de ellos para que no avanzaran.

-¿Sí?

-Sí.

Les preguntó si podía despedirse de su mujer. Ellos se miraron sin hablar, girando sus grandes cabezas. El Ojitos estaba en la puerta de la choza.

-Puede.

Gracimiano los vio de perfil. En vez de narices tenían grandes picos. Amanecía. Vestían todos igual, pero de colores diferentes. Llevaban máscaras en la cara, rematadas en <sup>puntos</sup> grandes picos. Uno de ellos lo acompañó hasta el interior de la choza. Parecían grandes arañas voladoras, recién asentadas, picoteando la tierra.



-Me voy con ellos.

La mujer abrió los ojos amarillos.

-¿Ordeñaste la vaca?

-Deje la leche bajo el tala para que se refresque.

El vehículo había quedado lejos de la casa. Podía valer tanto para subir una montaña como para cruzar el mar. ~~Adentro había una mujer, vestida igual que ellos. El perro, que los había seguido un trecho, miraba desde lejos sin ladrar, apoyado en una piedra.~~

~~Nadie tenía máscara. Había sido un parecer de Gracimiano. Pero sus caras parecían máscaras picudas. El vehículo, en vez de rodar, chapoteaba como un enorme cerdo en los pedregales, gruñendo, alzando y bajando sus patas furiosas sobre las piedras. Ellos dormitaban. La mujer tenía pezones grandes.~~

El cerdo seguía la dirección que tomó el compadre cuando se fue para salvarse. Era la misma dirección del viento y de los yeguarizos, la dirección del tigre que le comió la cabra, de los avestruces y también de los muertos. Aunque en el llano podían elegirse los caminos, había uno solo para todo, con una curva innecesaria.

Ahora sabía para qué había nacido: para ir con ellos en ese momento. Esto era lo único cierto en muchos años, por lo menos desde que se fue el compadre.

¿Cómo llegaron? ¿Por qué no ladró el Ojitos? ¿Adónde estaba su caballo? ¿Quién les había regalado ese vehículo? ¿De dónde eran? ¿Por qué? ¿Y Gracimiana? ¿Qué diría el compadre?

Las caras de ellos decían sí o no según los movimientos del vehículo. Parecían caras limpias, semidormidas, pero no eran caras: eran máscaras. Esas cosas no podían ser caras. Las máscaras estaban muy bien pegadas. No se despegaban a pesar de los saltos, en las piedras.

El Ojitos no estaba preparado para estas cosas y tampoco sabía

para qué vivía. Sólo sabía ladrar a lo ~~desconocido~~ conocido: al caballo cuando no era puntual en sus regresos, al propio Gracimiano si no cubría ciertas distancias con el mismo número de pasos, a la vaca cuando la ordeñaban, una vaca que él había conocido antes que Gracimiana. A veces, tontamente, ~~ladraba~~ a la sombra del tala, por puros deseos de ladrar e de ser perro. Lo desconocido no existía para el Ojitos. No podía verlo ni olfatearlo. Pero esa mañana tampoco había ladrado a Gracimiano.

Acabó el pedregal y las cabezas se sosegaron. Ahora el vehículo gruñía de otra manera, sobre el campo liso, rasguñado de vez en cuando por las jarillas secas. Las cabezas de los hombres iban caídas sobre sus pechos, pero no dormían. Era su forma de vigilar.

Ahora que sabía que había nacido para ir con ellos, sabía también que todo era prestado. La casa que algún día se llevaría el viento, la tierra que ocupaba, los hijos que habían tenido, el cuerpo de Gracimiana, la vaca de madera, todo era prestado, todo había concurrido a su alrededor por casualidad porque ahora lo llevaban. El mismo era algo parecido a eso, apenas con un nombre que le habían dado alguna vez. Y lo llevaban para sacarle eso también, para que no quedara nada. Por eso lo primero y lo único que dijeron fue su nombre. Solamente les interesaba saber si era Gracimiano para quitarle el Gracimiano que era. Ahora mismo ya no tenía nada, ni siquiera su nombre. No tenía ni manos ni palabras, ni pies para andar ni ojos para mirar. Lo único que quedaba de él, aunque tampoco le pertenecía, era el miedo. Por eso no ladró el Ojitos: ya no quedaba nada.

### Capítulo 3

#### Las grandes catedrales del desierto

Un gran templo de hierro y vidrio resplandecía al sol en medio del desierto. Aunque no tenía cruces ni campanarios, su aspecto sagrado procedía de alguna parte, quizás de su propio volumen desmesurado. Los centenares de ventanas de sus varios pisos eran los ojos cuadrados con los que la mole, más que mirar hacia el desierto, se miraba a sí misma. El vehículo avanzaba por uno de sus flancos, entre otros vehículos y máquinas detenidas, controles con guardianes y puentes levadizos.

Intacta, recién nacida, grotesca en su alumbramiento pero vaca total en su aspecto de animal caído de las nubes, se veía claramente que había estado descendiendo durante toda la noche, una noche de miles de años, para poder llegar allí. Había atravesado espacios de soles y espacios de tormentas, se había mojado y endurecido y mojado nuevamente, un gran árbol hinchado con trazas de preñeces y de distancias recorridas. En los tramos finales había sido humedecida por las nubes negras que solamente de noche pasan por los llanos llevando sus tormentas. Los niños habían callado, mirando el rocío en el lomo de la vaca.

-Gracimiano, el viejo tenía razón, allí está la vaca.

Gracimiano miró y no pudo ver nada que fuese una vaca. Lo único que había en el patio era una rama húmeda traída por el viento nocturno, perforada por las hormigas, que el sol no tardaría en calcinar otra vez. Pensada como vaca, el cuerpo era un tronco corvo de buen tamaño, huesoso, con dos o tres ramas en cada extremo: las patas que favorecían su transporte con el viento.

-¿La ves?

-La veo - decía Gracimiano mirando asombrado los ojos amarillos de la mujer.

Gracimiana, en el patio, acariciaba el tronco de la rama. Los agujeros que habían hecho las hormigas estaban llenos de la humedad nocturna, como gotas de leche. La mujer miró hacia arriba, como buscando el hueco que la vaca había dejado en el aire al caer.

-Ha viajado toda la noche por ese hueco - dijo, y se metió en la choza.

~~El hueco era el mismo de cuando se hizo el mundo.~~

Gracimiano pensó en ese hueco mirado desde arriba, como si tuviese que caer por él, y empezó a temblar. Los tigres se comen a los caballos, a los hijos de los caballos y a todo lo que el caballo ame. A eso lo sabe cualquier caballo. El caballo del compadre

también lo sabía. El compadre un día mató un cerdo cerca del caballo, y éste, al oler la sangre, se espantó y salió huyendo por esos campos. El compadre, sin comprender bien la actitud del animal, lo buscó en el monte y con engaños lo trajo de vuelta a la casa. El caballo regresó temblando. El compadre había lavado todo y no quedaban ni recuerdos ni olores de la sangre del cerdo, y el caballo, tranquilizado, dejó de temblar. Al día siguiente el compadre se puso la misma ropa que había usado para matar el cerdo y fue a darle de comer al caballo que, espantado, volvió a escapar. El compadre comprendió, se cambió de ropa, y el caballo volvió otra vez. El olor de la sangre era en la memoria del caballo el recuerdo del tigre que había visto comiendo un potrillito. Gracimiano estaba temblando ahora como el caballo de su compadre, con deseos de salir disparando hacia los campos. Se quedó quieto, calculando que la velocidad de los tigres <sup>era</sup> superior al miedo que tenía. ~~Gracimiano~~ Controlando cada uno de sus movimientos, hasta los de los ojos, miró hacia la choza a ver qué hacía el Ojitos. ¿Por qué no ladraba si llegaban los tigres? El Ojitos estaba echado, se lamía una pata. Gracimiano miraba el horizonte cuando llegó la voz del compadre:

-Allí, a su espalda.

Salían de los matorrales, con fusiles. Eran seis o siete, quizás menos, pero parecía que rodeaban toda la casa. ¿Por qué no ladró el Ojitos? El perro también temblaba.

-¿Gracimiano Aballay, sí?

-Sí.

Avanzaban con movimientos lentos, ~~voluptuosos~~ casi silenciosos como los de los promesantes que transportan la imagen de una Virgen.

-¡Compadre!-gritó el miedo de Gracimiano, como si el compadre, acaso muerto, pudiera oírlo.

Los hombres se habían detenido. Parecían grandes arañas voladoras,

recién asentadas. Era totalmente de día. Vestían todos igual, pero de colores diferentes. Sus caras parecían máscaras cuidadosamente ~~aheridas~~ adheridas.

El vehículo había quedado lejos de la casa. Su forma podía valer tanto para subir una montaña como para cruzar un mar. ¿Cómo llegaron? ¿Por qué no ladró el Ojitos? ¿Quién les había regalado ese vehículo? ¿De dónde eran? ¿Qué diría el compadre?

-¿Aballay? ¿Si?

-Si.

Les preguntó si podía despedirse de su mujer. Ellos se miraron sin hablar, girando sus grandes cabezas extranjeras. Podía.

-Me voy con ellos.

La mujer abrió sus ojos amarillos.

-¿Ordeñaste la vaca?

-Dejé la leche bajo el tala para que se refresque.

Gracimiano apareció en el patio con una camisa limpia y su barba de cinco días, flaco, empequeñecido, culpable, buscado.

-Vamos-dijo.

Los hombres no se movieron. Sonreían.

Gracimiano comprendió/<sup>entonces</sup> ~~xxxxxxxxxxxx~~ para qué había nacido. Para vivir ese momento. Esto era lo único cierto en muchos años, por lo menos desde que se fue el compadre. También comprendió por qué no ladró el Ojitos. El perro no estaba preparado para estas cosas y tampoco sabía para qué vivía. Sólo sabía ladrarle a lo conocido: al caballo cuando no era puntual en sus regresos, al propio Gracimiano ~~si~~ si no cubría ciertas distancias con el mismo número de pasos, A veces, tontamente, a la sombra del tala, por puros deseos de ladrar o de ser perro. Lo desconocido no existía para el Ojitos. No podía verlo ni olfatearlo. Esa mañana ni siquiera había ladrado a Gracimiano, como otras veces.

Ahora que sabía que había nacido para que ellos lo llevaran, sabía también que todo era prestado. La casa que algún día se llevaría

el viento, la tierra que ocupaba, los hijos que había tenido, el cuerpo de Gracimiana, la vaca de madera, todo era prestado, todo había concurrido a su alrededor por casualidad porque iban a llevarlo. El mismo era como algo prestado, con un nombre que le dieron alguna vez. Y lo iban a llevar para sacarle eso también, para que no quedara nada. Solamente les interesaba saber si era Gracimiano para quitarle el Gracimiano que era. Ahora mismo ya no tenía nada, ni siquiera su nombre. No tenía ni manos ni palabras ni pies para andar ni ojos para mirar. Lo único que quedaba de él era el miedo, aunque quizá tampoco le perteneciese. Por eso no ladró el Ojitos: ya no quedaba nada.

-¿Vamos? -decía Gracimiano.

Las arañas, que habían bajado por el mismo hueco usado por la vaca, sonreían. No iban a ninguna parte. No habían venido para llevarlo. Simplemente estaban allí porque así eran las cosas. El tenía que quedarse allí, quieto, mientras durara ese momento. Cualquiera otra actitud era absurda, desde que había fusiles. Si Gracimiano intentaba modificar ese momento, no habría más Gracimiano y el momento lo sobreviviría. Ellos no sabían nada, salvo inmovilizar a Gracimiano. Habían estado toda la vida preparándose para ese acto único. Cualquiera cosa que alterase la duración normal de esa verdad provocaría el celo de los gatillos. ~~Mientras tanto~~ Podía despedirse de su mujer, si así lo deseaba, cuantas veces quisiera mientras durara ese momento,, siempre que no intentara irse a ninguna parte. Y mucho menos con ellos, que no habían venido para irse.

Un camión, del mismo color que el vehículo que trajo a los hombres, avanzaba como un cerdo en el barro. En vez de rodar, chapoteaba en los pedregales gruñendo, alzando y bajando sus patas furiosas sobre las piedras.

no sabía nada de la muerte de los niños por un error de fechas. Esas muertes y todas las muertes pertenecen a su rutina cotidiana. Vida y muerte se confunden en una sola cosa que se mueve en el tiempo. En el tiempo, que tampoco existe para él, Gracimiano pensaba que la tierra tampoco existía para Dios. Permitía, indiferente, que los hombres se mataran por ella, precisamente porque eran de él. Pero las ignoraba o se había olvidado de ellas. ¿Por qué no dejársela a los hombres definitivamente? ¿Por qué no dárselo todo al hombre, las tierras y las lluvias y las vacas? ¿Por qué

*quizá desarrollas después*



